

hace del encuentro de civilizaciones un hecho total. Cuando se presta una técnica o un espíritu, no van aislados ni solos. A toda técnica acompaña a su vez un espíritu, que obrará de palanca revolucionaria o normal en la transformación de los pueblos. El ejemplo de Turquía es definitivo, y debe servir de lección y de señal para quienes crean o pretendan lo contrario. El caso turco no es único. En Rusia, en Egipto, en India, en Japón, a atracciones limitadas de ciencia y técnica siguieron fenómenos espirituales de choque y transformación de diversa índole.

Conviene profundizar en los elementos, resultados y circunstancias de estos encuentros de civilizaciones, que van marcando etapas y zonas, en la incesante obra de integración humana. Y darse cuenta de que, a través de oposiciones y tensiones, los hombres buscan constantemente un mundo único en el que sea posible la convivencia, el desarrollo libre de la personalidad, la fuerza creadora e inagotable del humanismo.

MANUEL ORTUÑO

HARE, Richard: *Pioneers of Russian social thought*. Oxford University Press. London. New York. Toronto. 1951.

El siglo XIX ruso, a la luz de los testimonios más vivos, acción y pasión de los hombres que lo llenaron de intenciones, aparece ahora como una de las épocas de máxima tensión espiritual en el largo camino de lo que Toynbee ha calificado de «encuentro del mundo con Occidente». He aquí un libro que vendría muy bien a españoles como ejemplo y testimonio de una época de vivísima semejanza en tantas cosas, con la misma época de España. Los problemas de entonces, resueltos en Rusia de manera irregular, tampoco entre nosotros han tenido una solución feliz. Se trata de lo que podría llamarse «el problema de Rusia», o «Rusia como problema».

Hare, en este libro, quiere salirse de la línea seguida hasta ahora en lo tocante al trato del XIX ruso. En general, la crítica histórica venía ejercitándose en buscar los elementos prerrevolucionarios, los ténues destellos de lo que finalmente sería la gran hecatombe comunista y bolchevique. Así, cada obra, cada intención era mirada desde tal punto de vista, y su consideración positiva o no se efectuaba con arreglo a esa limitación inicial.

Hare va a mostrarnos algo completamente distinto. Su trabajo se refiere tan sólo, y precisamente, al aspecto olvidado de las investigaciones sobre el XIX ruso. Quiere analizar la obra de los no prerrevolucionarios, de los no radicales, de quienes no tuvieron contacto ni intenciones socialistas. Algo complementario será ver si el régimen comunista acepta a los escritores de filiación nada familiar, e incluso ver qué es lo que de ellos rechaza o toma y por qué razones.

Esta es la intención. La estructura del libro resulta bastante sen-



cilla. Comienza analizando la vida y las obras del grupo occidentalista, europeizante, deteniéndose especialmente en alguna figura relevante, y le contrapone el grupo eslavofilo, menos numeroso y con personalidades de valor irregular. Al final destaca a varios pensadores de mayor interés, pero sobre todo a Herzen y Leontiev. En definitiva viene a ser una encuesta emocionada y viva de las ideas, de los proyectos y de los fracasos de la *intelligentzia* rusa del XIX, en un estado político y social anormal y de excepción.

Tras de la mano un tanto ingenua y a veces malintencionada de Pedro el Grande y de Catalina II, el contacto intelectual Rusia-Occidente fué más sencillo y se produjo con facilidad. Los acontecimientos intelectuales, las corrientes de pensamiento y las ideologías fueron llegando por conducto individual. Su expansión social dependería de la variable significación del régimen establecido y de las fuerzas sociales en presencia. La Revolución francesa, en cambio, no tuvo una influencia especial por el lado ideológico; pero fué la ocasión que puso en línea a las diversas clases sociales fundiéndolas y abriendo una clara posibilidad de entendimiento entre ellas cuando el país se vió invadido por los franceses. Puskin habló un día de aquella época calificándola de «tiempo glorioso para el honor nacional».

La Santa Alianza forzó los acontecimientos en dos sentidos. En un primer momento obligó a un esfuerzo de presencia, figurando Rusia como una de las potencias directoras de Europa, ejerciendo funciones arbitrales y siendo el Emperador consejero y guía de iguales. Pero muy pronto comenzó a verse, dentro y fuera de Rusia, que el papel internacional del Imperio era, por desgracia, pura fachada sin contenido.

En el interior, el desencanto de los intelectuales, de los políticos y de los jóvenes, fué inmediato y no tardó en manifestarse. El año 1825 estalló la llamada Revolución de Diciembre. La ideología decembrista era muy diversa entre sí, pero en general polarizada en tres centros de influencia: el humanitarismo francés, el constitucionalismo inglés y el federalismo norteamericano. Fué la ocasión de una decidida toma de conciencia por parte de numerosos grupos de intelectuales y de ahí arrancaron las varias líneas polémicas que integran el conjunto del llamado problema de Rusia. Frente al decembrismo, inmediatamente aparece Zhukovsky, pidiendo autocracia y desmontando las pretensiones socialistas y comunistas y atacando el pensamiento rusoniano.

Los pensadores rusos se dividen en eslavizantes y europeístas. Hay una tendencia muy generalizada a clasificar a las personas en una de ambas tendencias, por sus ideas políticas, o por su pertenencia a grupos sociales o de opinión. No debe hacerse tal cosa. Al profundizar en el análisis de sus personajes, Hare se da perfecta cuenta de cómo no existe una diferenciación neta y clara. Conservadores y liberales o revolucionarios, se encuentran en ambos lados. Mucho más inexacto es pensar que los europeístas eran necesariamente revolucionarios y los eslavizantes, conservadores. Chaadayev responde al tipo europeísta



conservador, y, en cambio, Kakunin es un revolucionario esclavizante. Otros pensadores de talla, como Kireyevsky y Herzen, que mantienen inicialmente posturas europeístas, se convierten después a un cierto esclavismo.

De todos modos, es curioso observar cómo en el grupo europeísta se padece el impacto esclavizante. Chaadayev, que no es en balde un hombre centro, critica el atraso ruso y lo explica por la falta de Europa. Los remedios que encuentra son: Primero, incorporarse al proceso cultural y europeo. Pero, además, y sobre todo, no escatimar esfuerzos, crear e imaginarse ideas y soluciones y ocupar un puesto relevante. Decía: «Las grandes ideas nacen en el desierto», y estaba firmemente convencido de que Rusia podía ser la cabeza política de Europa. La posición entre Este y Oeste de Rusia, era fuente de inspiración en todos los órdenes.

A medida que vamos penetrando en el estado y circunstancias del «problema de Rusia», asombra la semejanza y paralelismo, que surge con claridad a los ojos del observador, con el problema, tan similar, de España. El conflicto ruso estalla, entre la modernidad y el tradicionalismo, y a lo largo de todo el siglo XIX va desarrollándose en tensión y lucha incesante.

De un lado, obra la tradición reciente, cogida como con pinzas, pero también de primera mano, que proviene de Inglaterra, Francia y Alemania. El pragmatismo, la filosofía positivista y Hegel, producen una mezcla explosiva, a operar en los titulados europeístas rusos. La solución para los problemas está en Occidente, de donde viene la sabiduría. La reforma social y política consistiría en una copia íntegra de las Instituciones europeas.

Del otro lado, continúa y se vivifica la tradición eslava, con su carga sentimental y mística, lo que podría llamarse el popularismo y el mesianismo tan conocido. Chaadayev describe el esclavismo de esta manera: «Lógica fatalista que, vuelta hacia el pasado, ha reducido la misma historia a una utopía retrospectiva, a una arrogante apoteosis del pueblo ruso.» En Rusia está el principio de un nuevo orden moral, que ha de limpiar los vicios occidentales, aun pasándolos por todas las pruebas que sea necesario. La salvación para Rusia estaba en la renovación de las Instituciones ancestrales.

La polémica fué alcanzando diversos momentos, en relación con las circunstancias políticas de Rusia. Cuando Nicolás I inaugura una dura autocracia, y se agudiza la censura, el conformismo y la obligación del silencio intelectual, numerosos pensadores rusos tuvieron que salir del país. De entre ellos, la figura máxima fué Herzen, y con él Pecherin Ogarev y otros muchos. Las andanzas europeas de los exilados fueron muy interesantes. Pecherin se acercó al catolicismo y profesó en la orden Redentorista durante veinte años. Era un solitario ensimismado. Pedía libertad de conciencia, Unión, Democracia y Catolicismo. Alcanzó a imaginar el futuro de un mundo gobernado por Rusia y Estados Unidos, y dijo: «Fundaremos un nuevo ciclo de la historia del mundo. ¿Podrá escapar alguien de la



tiranía de esta colosal civilización materialista?» Herzen fué durante muchos años, mientras residió en Londres, el patriarca del exilio, la máxima personalidad rusa. Tuvo frecuentes polémicas con Marx, y cuando, cansado de Inglaterra se trasladó a Ginebra, encontró una fuerte oposición entre sus amigos y correligionarios. Al morir, en 1870, había cumplido una completa evolución. Europeísta convencido, a través de libros y revistas, su vivencia directa de la realidad europea le obligó a modificar las ideas aprendidas. Se apasionó y comprometió radicalmente con motivo de la revolución del 48, pero más tarde vivió la hora del desencanto y fué llegando a posturas intermedias. Concebía a Rusia como país agrícola progresista y pretendía objetivos sociales tibiamente revolucionarios.

Las reformas en política interior de Alejandro II fueron seguidas y apoyadas por un grupo antieuropeísta, del que se destaca como gran figura a Leontiev, de la carrera consular, ejercida en el sudeste europeo. Fué un especialista de la cuestión oriental, y procedente de clase baja, parece probado que su antieuropeísmo fué ocasional. En realidad, la «intelligentzia» se educó casi completamente en Alemania, y de ahí el fuerte influjo de Hegel en todos ellos. Leontiev no conocía idiomas ni se preocupó por las ideas occidentales.

Otra personalidad importante en el campo eslavofilo es la de Khomyakov, del ejército imperial, y especialmente interesado en los problemas religiosos. Viajó por Europa en su juventud, pero sacó tremendas conclusiones de orden negativo. Frente a los vicios, las falsedades y los errores occidentales, había que levantar el mensaje ordenado y lleno de moralidad de Rusia. La divisa eslavizante era: «Ortodoxia, Autocracia y Cáncer Nacional». Pretendía remediar tres males: la influencia católica, siempre soterrada y consiguiendo de cuando en cuando conversiones tan sonadas como la del Príncipe Gagarin, la influencia liberal y socialista, y la influencia extranjerizante de los intelectuales, apartados del pueblo y de la realidad vital rusa. Khomyakov vivió dentro del Régimen, obteniendo prebendas y triunfos.

Distinta fué, en cambio la situación de los hermanos Aksakov, violentos eslavizantes, en constante conflicto con el soberano. Componen la punta más radical del mesianismo y popularismo rusos.

El libro de Hare constituye, pues, un documento valiosísimo, por la enorme cantidad de datos que reúne en torno a los múltiples problemas que Rusia tenía planteados en el siglo XIX. Cada personaje presenta de un modo vivo y apasionante su programa, su tentativa y también su fracaso. El fracaso fundamental, para europeizantes y eslavófilos, lo constituiría la caída de la dinastía y el triunfo del bolchevismo al iniciarse el nuevo siglo.

Creo que urge la traducción para españoles de este libro. Quizá empuje a un estudio serio y hondo del XIX español, tan semejante y, sin embargo, tan distinto. El manejo de fuentes directas, Hegel, idealismo alemán, Fourier, Saint Simon, Marx, y la vivencia real en medios y climas, da especial carácter y valor al intento intelectual



y occidentalista de los pensadores rusos. Repito, probablemente es hora de conseguir un acercamiento imparcial y objetivo a los españoles de la época, acaso mucho menos relevantes que los rusos, pero de todos modos, expresión y de un estado y de unas circunstancias.

MANUEL ORTUÑO.

FRIEDMANN, W.: *Law and social change in contemporary Britain*. Stevenson Sons Ltd., London, 1951, 322 páginas.

Que vivimos en una sociedad cambiante y en crisis, es algo tan repetido, tan cotidiano, que no merece pararse un momento a meditarlo. Ahora bien: si la crítica filosófica y las corrientes sociológicas han agotado el tema, en cambio, desde ciertos reductos de la estructura social, la religión, el derecho, etc., se ha venido mostrando una dura resistencia a admitir el diagnóstico. Por lo que toca al mundo legal, este desentendimiento de la realidad visible y operante, había llegado a provocar situaciones embarazosas. Frecuentemente jueces y leyes se han pronunciado de modo unilateral, sin tener en cuenta las nuevas fuerzas sociales de opinión y de dirección, especialmente en el campo de la economía, de la política y de la organización social. Un estado de cosas generalmente aceptado, con categoría de costumbre, se ve menospreciado por el apego a modos normales, tradicionales o falta de valentía en la institución y corrección de las normas.

El libro de Fiedmann tiene ese objetivo. Descubrir los factores esenciales que están en juego en la actual sociedad cambiante y plantear los caminos de una posible salida, que los tenga en cuenta y los califique según su importancia. Para ello adopta un punto de referencia, que es la línea estructural de su trabajo. Se trata de ver el lugar que ocupa la ley y el jurista, en el esquema de una sociedad en cambio visible.

Consta de cuatro partes. En la primera, analiza el papel de la «Common law» en la sociedad cambiante, pasando revista de los conflictos a que da lugar el diferente sentido en que se toma la propiedad y sus funciones, el contrato, la seguridad social, la libertad de comercio, el Estado de Bienestar, etc. Ocupa el espacio mayor y contiene juicios de enorme interés y soluciones que conviene repasar aunque sea someramente.

Por lo que respecta a la propiedad, en un Estado democrático, hay dos principios inalterables: El de igualdad de contratación entre patronos y empleados. Y el de las restricciones en el uso de la propiedad privada, en interés público. Democracia y control son los dos términos contradictorios con los que se debe jugar y que están en la base de todos los problemas.

Esta contradicción aparece con mucha mayor fuerza cuando se